

## **SOBRE LA MUERTE**

San Cipriano de Cartago

(Escrito el año 252)

### **San Cipriano**

*Son muchas y de valor las fuentes que nos informan sobre su vida. Las más importantes y fidedignas son sus propios tratados y su copiosa correspondencia. Para su arresto, juicio y martirio contamos con las Acta proconsularia Cypriani, que se basan en documentos oficiales. Hay, por fin, una Vita Cypriani, que se conserva en un gran número de manuscritos y pretende ser escrita por su diácono Poncio, que compartió con él el destierro hasta el día de su muerte (Jerónimo, De vir. ill. 58). Es la primera biografía que se conoce en la historia de la literatura cristiana primitiva, pero nos consta que carece de valor histórico. El autor, lleno de admiración por su héroe, ha escrito un panegírico, deseando que «este incomparable y sublime ejemplo pase a la posteridad como memorial perenne». Buscaba, pues, la edificación.*

*Cecilio Cipriano, apellidado Tascio, nació entre los años 200 y 210 en África, probablemente Cartago, en el seno de una familia pagana, rica y extremadamente culta. Adquirió gran prestigio en Cartago como hábil retórico y maestro de elocuencia. Pero su alma, disgustada por la inmoralidad de la vida pública y privada, por la corrupción en el gobierno y en la administración y tocada por la gracia, buscaba algo más elevado. «Bajo la influencia del presbítero Cecilio, de quien recibió el sobrenombre, se convirtió al cristianismo y dio todas sus riquezas a los pobres» (Jerónimo, De vir. ill. 67). Poco después de su conversión fue elevado al sacerdocio y el año 248 o a principios de 249 fue elegido obispo de Cartago «por aclamación del pueblo», pero con la oposición de algunos presbíteros más ancianos, entre los que se contaba un tal Novato. Llevaba apenas un año ejerciendo su nuevo cargo, cuando estalló la persecución de Decio (250). Esta persecución afectaba a todos los súbditos del imperio, que eran obligados a sacrificar. Cipriano se escondió en lugar seguro y se mantuvo en frecuente contacto con su grey y con su clero. Sin embargo, su huida no encontró la aprobación de todos. Poco después del martirio del papa Fabiano, los presbíteros y diáconos que estaban al frente de la Iglesia de Roma durante la sede vacante enviaron la notificación de su martirio, al mismo tiempo que expresaban por medio de*

*una carta su sorpresa por la huida del obispo de Cartago. Cipriano les mandó inmediatamente una relación detallada de sus actividades y explicó las razones que le indujeron a huir:*

He creído necesario escribiros esta carta para daros cuenta de mi conducta, de mi conformidad con la disciplina y de mi celo. Así que estalló el primer disturbio, el pueblo me reclamaba con mucho griterío e insistencia. Entonces, según las enseñanzas del Salvador, preocupado de la paz de toda la comunidad, más que de mi propia seguridad, de momento acordé huir, a fin de evitar que mi imprudente presencia sirviera de incentivo al motín que se había armado. Pero, aunque ausente en el cuerpo, he estado presente en espíritu y con mis acciones y consejos, según la medida de mis pobres fuerzas, siempre que lo he podido, me he esforzado en dirigir a mis hermanos según los preceptos del Señor.

*Incluyó en la carta las copias de otras trece escritas al clero, confesores y comunidades, para demostrar que no había abandonado sus deberes de pastor. Los últimos asuntos de esta colección hacen referencia a las dificultades que habían surgido entre tanto en Cartago. La reconciliación de los que habían negado la fe cristiana durante la persecución provocó vivas discordias, que desembocaron al fin en un cisma. Algunos confesores, creyéndose con autoridad en las cuestiones religiosas, exigían la inmediata reconciliación de los lapsi, o sea, de aquellos que más o menos gravemente habían negado su fe. Cuando Cipriano se negó a acceder, el diácono Felicísimo organizó un grupo con los adversarios del obispo, que pudo encontrar entre los confesores y los lapsi. Pronto se les unieron cinco presbíteros que habían votado contra él en su elección episcopal. Uno de ellos, Novato, mencionado más arriba, fue a Roma y allí apoyó al bando de Novaciano contra el nuevo papa Cornelio. Al volver Cipriano a Cartago, en la primavera del 251, excomulgó solemnemente a Felicísimo y a sus seguidores. Publicó dos cartas pastorales, que trataban de los apóstatas (De lapsis) y del cisma (De ecclesiae unitate). Probablemente en mayo del 251 se reunió un sínodo que confirmó los principios expresados por Cipriano y aprobó la excomunión de sus adversarios. Se decidió que todos los lapsos sin distinción fueran admitidos a la penitencia y reconciliados al menos a la hora de la muerte. La duración de la expiación debía variar según la gravedad del caso. Pronto se declaró una peste devastadora, dando ocasión a nuevos sufrimientos y persecuciones para los cristianos, a quienes se les hacía responsables de la indignación de los dioses. El celo desplegado por Cipriano en el cuidado de los enfermos y la ayuda caritativa que prodigó a todos los afligidos por la catástrofe contribuyó no poco a calmar la exasperación de los paganos. Desgraciadamente, los últimos años de su vida se vieron turbados por la controversia sobre el bautismo de los herejes. Parece que la tradición de Cartago repudiaba en absoluto tales*



*ritos. Tertuliano los declara explícitamente inválidos en su tratado De bautismo. Esta tesis fue sancionada por un gran concilio de obispos de África y Numidia, reunidos por Agripino hacia el 220 y confirmado por tres sínodos reunidos en Cartago los años 255 y 256 bajo la presidencia de Cipriano. El papa Esteban (254-256), informado de esta decisión, contestó en tono incisivo, poniendo en guardia a los africanos contra la introducción de novedades contrarias a la tradición. Cipriano no quiso cambiar de parecer. La disputa se envenenó rápidamente y llevaba camino de convertirse en peligrosa, cuando el emperador Valeriano promulgó un edicto contra los cristianos. En la persecución que siguió al edicto, el papa Esteban murió por la fe y Cipriano fue desterrado a Cucubis el 30 de agosto del 257. Un año más tarde, el 14 de septiembre del 258, fue decapitado no lejos de Cartago. Es el primer obispo africano mártir.*

### **Sobre la muerte (De mortalitate)**

*La persecución de Decio, que había impuesto un tributo tan gravoso de vidas humanas, acababa de cesar, cuando una mortífera peste sembró de nuevo el terror y el espanto en 252. La muerte era la compañera de todos los días, y Cipriano compuso su De mortalitate por ese tiempo para explicar lo que significa la muerte para el cristiano fiel. Nada distingue mejor a un cristiano de un pagano que el espíritu con que afronta el término de la vida. Este momento es para el cristiano el descanso después de un combate, la llamada de Cristo, la arcessitio dominica. Lleva a la eternidad y al premio eterno. Ninguno que tenga fe puede tener miedo a la salida de este mundo para entrar en un mundo mejor:*

Debemos pensar y considerar constantemente, hermanos carísimos, que hemos renunciado al mundo y que vivimos aquí en la tierra como huéspedes y peregrinos. Abracemos el día que asigna a cada uno su domicilio, que nos reconstituye, sacándonos de este siglo, y completamente libres de los lazos seculares, el paraíso y reino celestial. ¿Quién, que está en lejana región, no se apresura a volver a su patria? ¿Quién, apresurándose a navegar hacia los suyos, no desea tener un próspero viento para poder más pronto estrechar entre sus brazos a sus amados? Nosotros tenemos por patria nuestra el paraíso, ya hemos empezado a tener a los patriarcas como nuestros padres; ¿por qué no nos damos prisa y corremos para ver nuestra patria, para que podamos saludar a nuestros padres? Gran número de nuestros allegados nos está esperando; padres, hermanos, hijos nos esperan en copiosa muchedumbre, seguros ya de su inmortalidad, y solícitos todavía por nuestra salud. ¡Cuánta no será la alegría para ellos y nosotros juntamente al llegar a su presencia y a sus brazos! ¡Cuál será allí el gozo del reino celestial, sin temor de morir y con la seguridad de vivir eternamente! ¡Cuán grande y perpetua felicidad!

*Por consiguiente, «no deberíamos llorar a nuestros hermanos, que han sido libertados del mundo por la llamada del Señor, porque sabemos que no se han perdido, sino que nos han*

precedido». «Demostremos que esto es lo que creemos, de manera que no lloremos la muerte ni siquiera de aquellos que nos son más queridos, y, cuando llegue el día de nuestra llamada, respondamos inmediatamente al Señor sin dudas ni vacilaciones, antes bien con íntimo gozo del alma».

*Se encuentra en este libro gran cantidad de elementos tomados, consciente o inconscientemente, de los estoicos, especialmente de Cicerón y Séneca. A pesar de ello, el pensamiento de Cipriano se eleva infinitamente por encima de la resignación estoica, porque se abre a la inmortalidad y a la felicidad eterna.*

**Fuente:**

Prof. Johannes Quasten  
Patrología I  
Hasta el concilio de Nicea  
Tercera edición, Biblioteca de Autores Cristianos  
Madrid, 1978  
Págs. 636-638.651-652





## SOBRE LA MUERTE

1. Aunque en muchos de vosotros, hermanos amadísimos, hay criterio sólido, y no menos una fe tenaz, y fervor en la voluntad para no dejarse impresionar con la mortandad que causa la peste actual, sino que como sólida y firme roca rompe los violentos embates del mundo y sus encrespadas olas antes que sea ella rota y vencida, porque solo es puesta a prueba; sin embargo, como observo en el pueblo que, debido a su flaqueza de ánimo, o a la poca fe, o a la dulzura de la vida del mundo, o a la blandura del sexo, o, lo que es peor, al error, vacilan sin fortaleza y no dan muestras de vigor invencible y divino, no debía disimular ni callar esta situación sin que, en la medida en que lo permite nuestra poquedad, reprimiera con toda energía y con palabras sacadas de las enseñanzas del Señor la cobardía de los espíritus flacos, para que el que empezó a ser hombre de Dios y de Cristo sea digno de Cristo.

2. Pues debe reconocer, hermanos amadísimos, el que sirve en la milicia de Dios, el que incorporado al ejército del cielo, espera la recompensa divina, que no ha de haber en nosotros miedo alguno ante las borrascas del mundo, ninguna vacilación, puesto que ha predicho y enseñado el Señor que sucedería esto, exhortando, instruyendo, preparando y fortificando a los fieles de su Iglesia con miras a soportar los acontecimientos futuros. En efecto, vaticinó y anunció que surgirían por muchos lugares guerras, hambres, terremotos y pestes, y para que no cogieran de sorpresa y no nos invadiera el temor de las acometidas de estos extraordinarios fenómenos, advirtió de antemano que en los últimos tiempos habría frecuentes calamidades. Pues he aquí que sucede lo que se predijo; y cuando se cumpla lo que estaba anunciado, se cumplirán también las promesas hechas por el Señor, que dice: *Cuando viereis que acaece todo esto, sabed que está cerca el reino de Dios* (Lc 21,31). Cerca está, hermanos amadísimos, el reino de Dios; ya llegan la recompensa de la vida, el gozo de la salvación eterna, la alegría sin fin, la posesión del paraíso antes perdida, al perecer este mundo; ya lo celestial sucede a lo terreno, lo grande a lo pequeño, lo eterno a lo perecedero. ¿Qué ansiedad o inquietud hay que temer ahora? ¿Quién va a estar temeroso y triste entre tantos bienes, si no es el que carece de esperanza y de fe? Solo puede temer la muerte quien rehúsa ir a Cristo, y no querrá ir a Cristo quien no confíe poder reinar con Cristo.

3. Está escrito que el justo vive por la fe (Ver Rm 1,17). Si, pues, eres justo y vives por la fe,

si crees realmente en Dios, ¿por qué habiendo de estar con Cristo, y seguro de las promesas del Señor, por qué no te entregas a la llamada de Cristo, por qué no te alegras de verte libre de los ataques del diablo? En fin, Simeón, aquel justo que lo fue en verdad, que observó con toda fe los preceptos del Señor, después de haberle revelado Dios que no moriría antes de ver a Cristo, cuando vino al templo con su madre Cristo niño, reconoció en espíritu que había nacido Cristo, de quien se le había anunciado anteriormente; y, una vez lo vio, comprendió que pronto moriría. Por eso, contento por su próxima muerte y seguro de su cercana partida, tomó en sus manos al niño y, alabando a Dios, exclamó así: *Ahora, Señor, dejáis en paz a vuestro servidor, según vuestras promesas, porque han contemplado mis ojos al Salvador que enviáis* (Lc 2,29), mostrando, en efecto, y certificando que los servidores de Dios tienen paz, libertad, tranquilidad, cuando arribamos al puerto de la morada y seguridad eternas, escapando a estas tormentas del mundo; cuando, dejando esta vida mortal, pasamos a la inmortalidad. Aquella es, pues, nuestra paz, aquella la tranquilidad inalterable, aquella la seguridad estable firme y perpetua.

4. Por otra parte, ¿qué otra cosa hacemos en este mundo que luchar a diario contra el diablo, que pelear contra sus tiros y ataques con continuos choques? Nuestra lucha incesante y penosa es contra la avaricia, contra la impureza, contra la ira, contra la ambición, contra los vicios carnales, contra los halagos del mundo. Asediado como se ve el hombre y cercado por todas partes por tal enemigo como lo es el diablo, apenas puede acudir a todos los ataques, apenas puede hacer resistencia; si vence a la avaricia, embiste la lujuria; si esta es reprimida, aparece la ambición; si esta es dominada, salta la ira, hincha la soberbia, provoca la embriaguez, rompe la unión la envidia, los celos dividen a los amigos; se te hace fuerza para maldecir, lo que prohíbe la ley de Dios; para jurar, lo que no es lícito.

5. Uno tiene que experimentar tantas persecuciones a cada paso, se ve apretado su ánimo por tantos peligros, ¿y va a encontrar uno gusto en permanecer aquí largo tiempo en medio de los golpes de espada del diablo? Cuando más bien habría que anhelar llegar cuanto antes a Cristo con una muerte pronta, ya que Él nos enseña y dice: *En verdad, en verdad os declaro que vosotros lloraréis y os doleréis, pero el mundo se gozará; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría* (Jn 16,20). ¿Quién no va a desear verse sin tristeza, quién no se dará prisa para llegar a esta alegría? El mismo Señor declara en otro lugar cuándo se mudará en alegría nuestra tristeza, con estas palabras: *Volveré a veros otra vez, y se gozará vuestro corazón, y nadie os*



*quitará vuestro gozo* (Jn 16,22). Por tanto, ya que el ver a Cristo es gozo y no puede haber gozo nuestro hasta llegar a ver a Cristo, ¡qué ceguera y qué demencia es pegarse a las angustias, los trabajos, las penas de este mundo, y no apresurarse más bien a llegar al gozo que nunca puede perderse!

6. Esto sucede, hermanos amadísimos, porque falta fe, porque nadie cree en la verdad de las promesas de Dios, que es veraz, cuyas palabras son indefectibles para los que creen. Si un hombre de sensatez y probidad reconocidas te prometiere alguna cosa, le darías crédito y no creerías que trataba de engañarte, porque sabías de él que era fiel en sus palabras y conducta. Pues bien, Dios habla contigo, ¿y tú dudas de Él incrédula y desconfiadamente? Dios te promete la inmortalidad sin fin cuando salgas de este mundo, ¿y tú no te convences? Esto ya es desconocer en absoluto a Dios; esto es ofender a Cristo, maestro de la fe, con pecado de incredulidad; esto es no tener fe dentro del mismo domicilio de la fe, viviendo dentro de la Iglesia.

7. Cuánto nos aprovecha salir del mundo, nos lo enseña el mismo Cristo, Maestro de la salvación y de nuestro bien. Este, viendo lo que sus discípulos se contristaban de que les anunciase su partida, les habló de la siguiente manera: *Si de veras me hubieseis amado, os alegraríais de que vaya al Padre* (Jn 14,28), dando a entender que debemos regocijarnos más bien que sentirlo cuando aquellos a quienes amamos salen de este mundo. Y el santo apóstol Pablo, teniendo en cuenta esto, dice en una de sus cartas: *Para mí el vivir es Cristo, y morir, ganancia* (Flp 1,21), considerando como la mayor ganancia no verse atado por los lazos del mundo, no estar sujeto a ningún pecado ni vicio de la carne, quedar exento de los ahogos angustiosos, libre de la lengua venenosa del diablo, y partir para las alegrías de la salvación eterna merced a la invitación de Cristo.

8. Desde luego que se espantan algunos, de que lo mismo que a los gentiles ataca, también ataca a los nuestros con la violencia de esta pestilencia. ¿Es que el cristiano ha logrado la fe para verse inmune de los males y disfrutar de la felicidad de este mundo, como si no estuviera destinado al gozo de la otra vida después de padecer acá muchas adversidades? Se extrañan algunos de que nos sea común con los demás esta peste. Pues ¿qué no tenemos de común con los demás hombres en este mundo, cuando hasta somos de la misma carne que los demás, según la ley del nacimiento natural? Mientras estamos en este siglo, tenemos el mismo cuerpo que los otros hombres; solo nos diferenciamos por el espíritu. Por tanto, hasta que este cuerpo corruptible se vista de la incorrupción, y esta carne mortal reciba el goce de la inmortalidad, y el Espíritu nos conduzca a Dios Padre,

todas las incomodidades del cuerpo nos son comunes con los demás hombres. Así, cuando la tierra por su esterilidad no da cosecha, el hambre a nadie perdona; cuando el enemigo se apodera de una plaza, todos quedan cautivos, y cuando las nubes no envían agua, para todos hay sequía, y cuando la nave se estrella contra los escollos, ninguno de los navegantes escapa del naufragio; y nosotros sufrimos como los demás dolores en los ojos, fiebres y las indisposiciones de todos los miembros mientras aguantamos en este mundo el peso de la misma carne.

9. Aún más, si el cristiano conoce y entiende por qué cree, comprenderá que tiene que sufrir más que los demás en el mundo, porque tiene que luchar más contra los embates del diablo. Ya lo previene la Escritura santa diciendo: *Hijo, cuando entras a servir a Dios, mantente en la justicia y temor, y prepara tu alma para la tentación* (Si 2,1); y en otro lugar: *Sé sufrido en el dolor y aguanta con humildad, porque en el fuego se prueba el oro y la plata* (Si 2,4.5).

10. Así Job, después de la pérdida de sus bienes, después de la muerte de sus hijos, y viéndose él mismo cubierto por todo su cuerpo de llagas y gusanos, no fue vencido, sino puesto a prueba; y en medio de sus mismas angustias y dolores, dando ejemplo de paciencia y de espíritu sumiso, decía: *Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a la tierra. El Señor me lo dio y el Señor me lo quitó. Ha sucedido como Él lo dispuso, sea bendito el nombre del Señor* (Jb 1,21). Y cuando su mujer le impulsaba también a que, impaciente por el dolor, soltase alguna queja ofensiva contra Dios, respondió así: *Has hablado como una mujer necia. Si hemos recibido los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males? En todas estas cosas que le sucedieron no pecó Job con sus palabras en el acatamiento del Señor* (Jb 2,10; 1,22). Por eso el Señor Dios es testigo de ello y dice: *¿Has parado mientes en mi servidor Job? No hay otro como él en la tierra, hombre sin tacha, verdadero adorador de Dios* (Job 1,8). Y Tobías, tras sus espléndidas obras, tras sus muchos y elogiosos actos de misericordia, padeciendo ceguera de la vista, temiendo y bendiciendo a Dios en sus desgracias, se hizo acreedor a mayores méritos por esa tribulación de su cuerpo; también a este le provocó su mujer con estas palabras: *¿Dónde están tus obras buenas? Mira qué estás padeciendo* (Tb 2,23). Pero él, firme y constante en el temor de Dios, revestido de fe religiosa para todo sufrimiento, no se rindió en su dolor a la inútil provocación de su mujer, sino que mereció más para con Dios por su mayor paciencia, y que el ángel Rafael le elogiase, diciendo: *Es honroso descubrir y publicar las obras de Dios. Por eso, cuando orabas tú y Sara, yo presenté vuestras oraciones ante la presencia gloriosa de Dios; y cuando piadosamente dabas sepultura a los*



*muertos, y porque no te detuviste en levantarte y dejar tu comida y fuiste a enterrar al muerto, fui enviado para probarte, y de nuevo me ha enviado el Señor a curarte a ti y a Sara, tu nuera; pues yo soy Rafael, uno de los siete ángeles santos que asistimos y vivimos en la presencia de Dios (Tb 1,11-15).*

**11.** Esta paciencia han tenido siempre los justos, esta lección aprendieron los apóstoles de la enseñanza del Señor, no murmurar en las adversidades, sino llevar con fortaleza y resignación todos los acontecimientos del mundo; por eso en esto tropezaron a cada paso los judíos, porque murmuraban frecuentemente contra Dios como consta en el libro de los Números, cuando dice el Señor Dios: *Cesen las murmuraciones contra mí, y no morirán* (Nm 17,25). No hay que murmurar en las contrariedades, hermanos amadísimos, sino sobrellevar con resignación y ánimo esforzado lo que acaeciére, pues está escrito: *Es un sacrificio para Dios un espíritu afligido. Dios no desprecia el corazón contrito y humillado* (Sal 50,19). También en el Deuteronomio nos da aviso el Espíritu Santo por medio de Moisés y dice: *El Señor tu Dios te afligirá y te enviará hambre, y se conocerá en tu conciencia si has observado debidamente sus preceptos o no* (Dt 8,2); y en otro pasaje: *Os tienta el Señor vuestro Dios, para saber si le amáis de todo vuestro corazón y con toda vuestra alma* (Dt 13,4).

**12.** Por eso agradó Abrahán a Dios, porque no temió por obedecer a Dios perder a su hijo, ni rehusó cometer un parricidio. Tú, que no tienes valor para perder a un hijo por muerte natural, ¿qué harías si recibieras orden de matarlo? El temor de Dios y la fe deben tenerte aparejado para todo. Que pierdas tus bienes patrimoniales, que sufras continuas enfermedades y hasta cruentos tratamientos de tus miembros, que tengas que perder por triste fallecimiento la mujer, los hijos, los parientes, no deben servirte estas desgracias de tropiezo, sino de lucha; ni deben debilitar ni quebrantar la fe de un cristiano, antes bien han de poner de relieve el valor en la pelea, puesto que ha de menospreciarse toda molestia de los males presentes con la confianza de los bienes futuros. Si no precediere el combate, no puede darse la victoria, y si hubiere triunfo en el combate, entonces habrá corona para los vencedores. En la tempestad se conoce al piloto, en la pelea se prueba al soldado; resulta voluptuosa jactancia cuando no hay peligro. El contrarrestar las adversidades es la piedra de toque de la verdadera valentía. El árbol que está bien arraigado en el suelo, no se agita por más vientos que le azoten; la nave sólidamente armada, a pesar de los golpes de las olas, no se abre, y en la era donde se trilla, el grano grueso y lleno no teme al viento; en cambio, la paja hueca

es arrastrada por sus soplos.

**13.** De este modo el apóstol Pablo, después de naufragar, después de ser azotado, después de sufrir muchos y penosos tormentos en su cuerpo, declara no que ha sido maltratado, sino que, corregido por los infortunios, cuanto más era afligido, tanto más era ejercitado. *Se me ha impuesto, dice, el aguijón de la carne, un ángel de satanás que me abofetee, para que no me ensoberbezca, por eso he rogado tres veces al Señor que desapareciera de mí, y me contestó: Te basta mi gracia. Pues el valor se da en la debilidad* (2 Co 12,7-9). Cuando, pues, nos acomete la enfermedad y la peste hace estragos, entonces se practica nuestra fortaleza; entonces la fe, si permaneciere puesta a prueba, es coronada, como está escrito: *El horno prueba las vasijas de arcilla, y a los hombres justos la tribulación* (Si 27,5). Hay, con todo, una diferencia entre nosotros y los demás que desconocen a Dios: ellos se quejan y murmuran en las contrariedades, y a nosotros estas no nos apartan de la verdadera fortaleza y fe, sino que nos robustecen con el sufrimiento.

**14.** Este flujo incontenible de vientre que destroza ahora las entrañas, el fuego interior de la sangre que enciende inflamaciones de garganta, los repetidos vómitos que revuelven los intestinos, las inflamaciones de los ojos sanguinolentos, los pies o miembros de algunos que, gangrenados por la peste, hay que amputar, todos estos males y daños de los cuerpos debidos a la peste sirven para mostrar nuestra fe. ¡Qué grandeza de alma luchar sin conmovirse el ánimo contra tantos ataques de la peste y mortandad! ¡Qué superioridad permanecer en pie sin doblarse en medio de tantas ruinas de los hombres, sin quedar derribado como los que no tienen esperanza en Dios, y alegrarse, en cambio, y aprovechar la ocasión que se nos ofrece de alcanzar el premio de esta vida y de la fe de la mano del juez, si damos pruebas manifiestas de nuestra fe con viril fortaleza y seguimos el camino estrecho que lleva a Cristo a través de la paciencia en los trabajos! Tema con razón la muerte el que, no habiendo renacido por el Espíritu, está destinado al fuego del infierno. Tema en hora buena morir quien no está señalado por la cruz y pasión de Cristo. Tema la muerte quien va a ser atormentado por penas y llamas eternas al salir de este mundo. Tema morir aquel al que se le alarga el tiempo para diferirle algo sus suplicios y dolores.

**15.** Es verdad que perecen en esta peste muchos de los nuestros; esto quiere decir que muchos de los cristianos se libran de este mundo. Esta mortandad es una pestilencia para los judíos, gentiles y enemigos de Cristo; mas para los servidores de Dios es salvadora partida para la eternidad. Por el hecho de que sin discriminación alguna de hombres mueran buenos y malos, no hay que creer



que es igual la muerte de unos y de otros. Los justos son llevados al lugar del descanso, los malos son arrastrados al suplicio; a los fieles se les otorga en seguida la seguridad; a los infieles, sin tardar el castigo. Somos insensatos e ingratos, hermanos amadísimos, a los beneficios divinos, y no reconocemos lo que se nos concede. Ved a nuestras vírgenes jóvenes que dejan este mundo con toda su gloria, y que no temen ni las amenazas ni la corrupción del anticristo que va a aparecer; los niños vencen los peligros de los años frágiles, logran alcanzar con felicidad el premio de la pureza e inocencia; la delicada señora no teme ya los tormentos, ahorrándose con una muerte rápida los temores de la persecución, la fiereza y crueldad del verdugo. Con el temor a la peste y a esta vida se enfervorizan los tibios, se constriñe a los remisos, se animan los cobardes, se hace volver a los desertores, se obliga a creer a los paganos, se convida al descanso a los fieles veteranos. El inexperto y numeroso ejército que se incorpora a la milicia durante la misma peste, se concentra en formación, cobrando más valor para pelear sin temor a la muerte cuando llegue el combate.

16. Además, ¿qué diré, hermanos amadísimos, de cuán útil, cuán ventajoso, cuán necesario es el que esta pestilencia y plaga, que nos parece tan horripilante y mortífera, ponga a prueba la rectitud de cada uno y discrimine las intenciones de los hombres, si los sanos ayudan a los enfermos, si los parientes aman de verdad a sus allegados, si los amos tienen piedad de sus esclavos enfermos, si los médicos atienden a los pacientes que los llaman, si los violentos reprimen su ferocidad, si los avaros apagan la insaciable sed de su codicia por lo menos por temor a la muerte, si los orgullosos doblegan su cerviz, si los malvados mitigan su audacia, si los ricos, por lo menos al morir sin dejar herederos, son dadivosos para con sus parientes que ven perecer? Aunque no resultara otra ventaja de esta peste, haría un servicio grande a los cristianos y servidores de Dios con hacerles temer la muerte. Todo esto nos sirve de ejercicio y entretenimiento, no de muerte para nosotros: da fortaleza al ánimo, nos prepara para la corona con el desprecio de la muerte. Quizá a alguien haga objeción como esta: «A mí, desde luego, lo que me molesta en la presente peste es que yo, que había estado ya aparejado para sufrir el martirio y me había entregado de todo corazón y con plena decisión a Él, me veo privado del mismo, pues se me ha anticipado la muerte». En primer lugar el martirio no está en tu mano, sino es gracia de Dios, ni puedes decir que has perdido lo que no sabes si merecías recibirlo. Además, Dios, que escudriña el corazón y las intenciones y conoce y ve lo oculto, ve, aplaude y aprueba tu decisión, y Él, que mira tu valor dispuesto al martirio, te paga el premio por tu mérito. ¿Acaso cuando Caín ofrecía su ofrenda a Dios ya había hecho perecer

a su hermano? Y, sin embargo, Dios, que ya lo sabía de antemano, condenó y reprobó el fratricidio que fraguaba en su mente. Así como en el caso de Caín las malas intenciones y el proyecto pernicioso fue conocido de antemano por la previsión divina, así en el caso de los servidores de Dios, que desean confesarle y piensan en el martirio, es remunerada y coronada por sentencia de Dios la decisión de la buena voluntad. Una cosa es que falte ánimo para el martirio, y otra que falte el martirio a la decisión de arrostrarlo. Cual te hallare el Señor cuando te llame, tal te juzgará igualmente Él, puesto que lo confirma con estas palabras: *Sabrán todas las iglesias que escudriño el interior del corazón* (Ap 2,23); pues Dios no busca nuestra sangre, sino nuestra fe. Tampoco Abrahán, ni Isaac, ni Jacob fueron muertos, pero con todo merecieron por su fe y rectitud ser contados los primeros entre los patriarcas, a cuya mesa se sentarán todos los que se hallaren fieles, y rectos, y dignos de aprobación.

**18.** Debemos acordarnos que nosotros hemos de cumplir no nuestra voluntad, sino la de Dios, conforme nos enseñó el Señor en la oración de cada día. ¡Qué al revés y qué perverso es que, pidiendo que se haga su voluntad, cuando nos llama de este mundo Dios, no obedezcamos sin vacilación al mandato de su voluntad! Nos resistimos, repugnamos y somos llevados de mal grado y a disgusto como servidores rebeldes a la presencia del Señor, cuando tenemos que salir del mundo por necesidad más que por sumisión de la voluntad; ¿y queremos recibir el premio celestial de Él, ante quien nos presentamos a disgusto? ¿Para qué, pues, rogamos y pedimos que venga el reino de los cielos, si nos hallamos tan bien con la cautividad de la tierra? ¿Para qué insistimos y pedimos con reiteradas súplicas que acelere el tiempo de nuestro reinado, si tenemos mayores deseos y ansias de servir al diablo aquí en el mundo que de reinar con Cristo?

**19.** En fin, para que se pongan más de manifiesto los planes de la divina providencia, que el Señor con toda previsión del futuro mira por la salvación de los suyos, cuando uno de nuestros colegas en el episcopado, aquejado de enfermedad y cercano a la muerte, pedía verse libre de ella, se le puso delante, estando ya moribundo, un joven de noble y venerable porte, esbelto y de hermosura tan resplandeciente que apenas podía resistir la mirada humana con ojos carnales su presencia, fuera de que solo podía mirarlo el que estaba en trance de muerte. El joven, con cierta indignación y tono airado, le gritó y dijo: «Teméis padecer, rehusáis partir, ¿qué haré, pues, con vosotros?», palabras del que reprende y amonesta, del que preocupado por la persecución, seguro de la llamada, no condesciende con el deseo presente, sino que mira por el futuro. Nuestro hermano



y colega moribundo escuchó lo que debía transmitir a los demás. Pues lo que oye un moribundo es para decirlo, no para sí mismo; pues ¿qué tenía que aprender uno que iba a expirar? Lo que aprendió fue más bien para los que quedamos aquí, así conoceríamos lo que convenía a todos, al saber que había sido reprendido un obispo por haber pedido franquicia de la muerte.

**20.** También a mí, aunque el menor de todos, cuántas veces me fue revelado, cuántas y más claras veces se me ordenó por la bondad de Dios que clamase sin cesar, que predicara en público que no debía llorarse por nuestros hermanos llamados por el Señor y libres de este mundo, sabiendo que no se pierden, sino que nos preceden; que, como viajeros, como navegantes, van delante de los que quedamos atrás; que se puede echarlos de menos, pero no llorarlos y cubrirnos de luto, puesto que ellos ya se han vestido vestidos blancos; que no debe darse a los gentiles ocasión de que nos censuren con toda razón, de que viven con Dios y los lloremos como perdidos y aniquilados, y no demos pruebas con verdaderos sentimientos de lo que predicamos con las palabras. Somos prevaricadores de nuestra esperanza y fe si aparece como fingido y simulado lo que estamos afirmando. De nada sirve mostrar en la boca la virtud y desacreditar su verdad con la práctica.

**21.** Por último reprueba el apóstol Pablo y recrimina, reprende a los que se contristan desmesuradamente por la pérdida de los suyos. *No queremos, dice, que os olvidéis, hermanos, a propósito de los que fallecen, que no debéis lamentaros como los demás que no tienen esperanza. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, también Dios llevará con él a los que han muerto con Jesús* (1 Ts 4,13-14). Dice que se entristecen en demasía de los suyos los que no tienen esperanza. Pero los que vivimos con esperanza y creemos en Dios y que Cristo padeció por nosotros y resucitó, y confiamos en permanecer con Cristo y resucitar en Él y por Él, ¿por qué rehusamos salir de este mundo o lloramos y nos dolemos de los nuestros que parten, como ya perdidos, cuando el mismo Cristo y Señor y Dios nuestro nos avisa y dice: *Yo soy la resurrección; el que cree en mí, aunque muera, vivirá y todo el que vive y cree en mí no morirá nunca?* (Jn 11,25-26). Si creemos en Cristo, tengamos fe en sus palabras y promesas, de modo que, no habiendo de morir nunca, vayamos alegres y tranquilos a Cristo, con el cual hemos de triunfar y reinar siempre.

**22.** Si morimos, cuando nos toque, entonces pasamos por la muerte a la inmortalidad, y no puede empezar la vida eterna hasta que no salgamos de esta. No es ciertamente una salida, sino un paso y traslado a la eternidad, después de correr esta carrera temporal. ¿Quién hay que no vaya a lo mejor? ¿Quién no deseará transformarse y mudarse cuanto antes en la forma de Cristo y merecer

el don del cielo, predicando el apóstol Pablo: *Nuestra vida, dice, está en el cielo, de donde esperamos al Señor Jesucristo, que transformará nuestro vil cuerpo en un cuerpo resplandeciente como el suyo?* (Flp 3,20-21). Cristo Señor promete que seremos tales cuando, para que estemos con Él y con Él nos gocemos en las moradas eternas y en el reino del cielo, ruega al Padre por nosotros, diciendo: *Padre, quiero que los que me entregaste estén conmigo donde estoy yo y vean la gloria que me diste antes de crear al mundo* (Jn 17,24). El que ha de llegar a la morada de Cristo, a la gloria del reino celestial, no debe derramar llanto y plañir, sino más bien regocijarse en esta partida y traslado, conforme a la promesa del Señor y a la fe en su cumplimiento.

**23.** En fin, sabemos que también Enoc fue trasladado, porque agradó al Señor, como certifica y declara en el Génesis la Escritura divina: *Enoc agradó a Dios, y no se le halló más porque Dios lo trasladó* (Gn 5,24). El haber agradado a Dios le valió ser transportado de este mundo corrompido. Y también enseña el Espíritu Santo por Salomón que aquellos que agraden a Dios quedarán libres de este mundo antes, para que con su demora larga en él no se manchen con su contagio. *Fue arrebatado, para que no pervirtiese su entendimiento la malicia. Su alma era acepta a Dios; por eso se adelantó a sacarlo el Señor de en medio de los malvados* (Sb 4,11.14). Asimismo en los Salmos el alma entregada a su Dios con viva fe se apresura a ir a Él, como está escrito: *Qué amables son tus moradas, Señor de los ejércitos. Estoy deseando y dándome prisa por llegar a la casa del Señor* (Sal 84,2-3).

**24.** Querer quedarse en el mundo largo tiempo es propio del que con él bien se aviene, del que se ve atraído por sus caricias y los engaños de los placeres terrenos. Por otra parte, si el mundo aborrece a un cristiano, ¿por qué amas al que te odia y no sigue más bien a Cristo, que te redimió y te amó? Juan en su epístola dice en tono vivo, exhortándonos a que no sigamos los deseos de la carne ni amemos al mundo: *No améis, dice, al mundo ni a lo que hay en él. Si alguno amare al mundo, no hay amor del Padre en él; porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y ostentación del siglo, que no viene del Padre, sino de la concupiscencia del mundo. Y el mundo pasará y su concupiscencia, y el que cumpliera la voluntad de Dios, permanecerá para siempre, como Dios permanece eternamente* (1 Jn 2,15-17). Al contrario, hermanos amadísimos, estemos dispuestos con entereza, con firme fe, con fuerte valor, a todo lo que Dios quiera, y pensemos, sin miedo a la muerte, en la inmortalidad que sigue a esta. Acreditemos lo que creemos, de modo que no lloremos la muerte de los seres queridos, y cuando



llegue el día de nuestra llamada, sin tardar y de buen grado vayamos al Señor para responder a su invitación.

**25.** Y si eso han de cumplir siempre los servidores de Dios, mucho más debe hacerse ahora que el mundo va a perecer y está envuelto en tantas ruinas y fuerzas destructoras, de modo que ya vemos producirse graves males y sabemos que amenazan mayores; consideremos que nos es gran ganancia el salir cuanto antes de este mundo. Si se bambolean las paredes de tu habitación por estar viejas, si tiembla, además, el techo; si tu casa, gastada y ruinosa por los años, amenazara con una próxima ruina, ¿no la evacuarías a toda prisa? Si navegando te vieras en inminente naufragio por una borrasca furiosa en medio de violentas olas, ¿no tomarías rumbo rápidamente hacia el puerto? Pues ved que el mundo se bambolea y se derrumba y es segura ya su ruina no por su vejez, sino porque ha llegado a su fin; ¿y tú no das gracias a Dios, no te felicitas de que con una muerte anticipada te libras de la ruina y naufragio y desastres que están ya encima?

**26.** Hemos de pensar, hermanos amadísimos, y reflexionar sobre lo mismo: que hemos renunciado al mundo y que vivimos aquí durante la vida como huéspedes y viajeros. Abracemos el día que a cada uno señala su domicilio, que nos restituye a nuestro reino y paraíso, una vez prófugos de este mundo y libres de sus lazos. ¿Quién, estando lejos, no se apresura a volver a su patria? ¿Quién, a punto de embarcarse para ir a los suyos, no desea vientos favorables para poder abrazarlos cuanto antes? Nosotros tenemos por patria el paraíso, por padres a los patriarcas; ¿por qué, pues, no nos apresuramos y volvemos para ver a nuestra patria, para poder saludar a nuestros padres? Nos esperan allí muchas de nuestras personas queridas, nos echa de menos la numerosa turba de padres, hermanos, hijos, seguros de su salvación, pero preocupados todavía por la nuestra. ¡Qué alegría tan grande para ellos y nosotros llegar a su presencia y abrazarlos, qué placer disfrutar allá del reino del cielo sin temor de morir, y qué dicha tan soberana y perpetua con una vida sin fin! Allí el coro glorioso de los apóstoles, allí el grupo de los profetas gozosos, allí la multitud de innumerables mártires que están coronados por los méritos de su lucha y sufrimientos, allí las vírgenes que triunfaron de la concupiscencia de la carne con el vigor de la castidad, allí los galardonados por su misericordia, que hicieron obras buenas, socorriendo a los pobres con limosnas, que, por cumplir los preceptos del Señor, transfirieron su patrimonio terreno a los tesoros del cielo. Corramos, hermanos amadísimos, con insaciable anhelo tras estos, para estar en seguida con ellos; deseemos llegar pronto a Cristo. Vea Dios estos pensamientos, contemple estos ardientes deseos

de nuestro espíritu y fe en Cristo, que otorgará mayores mercedes de su amor a los que tuvieren mayores deseos de Él.

0-0-0-0-0-0-0

**Fuente:**  
*Obras de San Cipriano*  
*Edición Bilingüe*  
*Tratados. Cartas*  
*Introducción, versión y notas por Julio Campos, SCH. P.*  
*Biblioteca de Autores Cristianos*  
*Madrid, 1964*  
*Págs. 252-272*

*Adaptación y presentación realizada por*  
**Luis Mariano Salazar Mora**